

Al Pueblo de Dios que peregrina en Chile

Lectio divina

Eduardo Pérez-Cotapos L. ss.cc.
Asamblea Eclesial de Santiago
Colegio de los SSCC, Alameda
Sà 17 julio 2018, a las 9 hrs.

El desafío del momento

«Después de estos días de oración y reflexión los envió a seguir construyendo una Iglesia profética, que sabe poner en el centro lo importante: el servicio a su Señor en el hambriento, en el preso, en el migrante, en el abusado». (Francisco, carta del 117 mayo 2018 a los obispos)

«Con Ustedes se podrá generar la transformación necesaria que tanto se necesita. Sin Ustedes no se puede hacer nada. Exhorto a todo el Santo Pueblo fiel de Dios que vive en Chile a no tener miedo de involucrarse y caminar impulsado por el Espíritu en la búsqueda de una Iglesia cada día más sinodal, profética y esperanzadora; menos abusiva porque sabe poner a Jesús en el centro, en el hambriento, en el preso, en el migrante, en el abusado» (Carta del 31 de mayo, n° 7).

Renovar la conciencia de la Iglesia como Pueblo de Dios

El Concilio describe así a la Iglesia *Pueblo de Dios*: «Este pueblo mesiánico tiene por cabeza a Cristo, *que fue entregado por nuestros pecados y resucitó para nuestra salvación (Romanos 4,25)* ... La condición de este pueblo es la dignidad y la libertad de los hijos de Dios, en cuyos corazones habita el Espíritu Santo ... Tiene por ley el nuevo mandato de amar como el mismo Cristo nos amó a nosotros (cf. *Juan 13,34*). Y tiene en último lugar, como fin, el dilatar más y más el reino de Dios ... [hasta que] “la misma criatura sea liberada de la servidumbre de la corrupción para participar en la gloriosa libertad de los hijos de Dios” (*Romanos 8,21*)» (Concilio Vaticano II, Constitución *Lumen gentium* 9).

Un pueblo en el cual todos poseen la unción del Espíritu

«El Santo Pueblo fiel de Dios está ungido con la gracia del Espíritu Santo; ... En el Pueblo de Dios no existen cristianos de primera, segunda o tercera categoría. Su participación activa no es cuestión de concesiones de buena voluntad, sino que es constitutiva de la naturaleza eclesial. Es imposible imaginar el futuro sin esta unción operante en cada uno de Ustedes que ciertamente reclama y exige renovadas formas de participación. Insto a todos los cristianos a no tener miedo de ser los protagonistas de la transformación que hoy se reclama y a impulsar y promover alternativas creativas en la búsqueda cotidiana de una Iglesia que quiere cada día poner lo importante en el centro. ... Una Iglesia profética y, por tanto, esperanzadora reclama de todos una mística de ojos abiertos, cuestionadora y no adormecida. No se dejen robar la unción del Espíritu.» (Carta del 31 de mayo, n° 1).

El gusto espiritual de ser pueblo

Evangelii gaudium (números 268-274):

- «La Palabra de Dios también nos invita a reconocer que somos pueblo ... Para ser evangelizadores de alma también hace falta desarrollar el gusto espiritual de estar cerca de la vida de la gente, hasta el punto de descubrir que eso es fuente de un gozo superior. La misión es una pasión por Jesús pero, al mismo tiempo, una pasión por su pueblo» (268).
- «Jesucristo no nos quiere príncipes que miran despectivamente, sino hombres y mujeres de pueblo. Ésta no es la opinión de un Papa ni una opción pastoral entre otras posibles; son indicaciones de la Palabra de Dios tan claras, directas y contundentes que no necesitan interpretaciones que les quiten fuerza interpelante. ... De ese modo, experimentaremos el gozo misionero de compartir la vida con el pueblo fiel a Dios tratando de encender el fuego en el corazón del mundo» (271).
- «Uno no vive mejor si escapa de los demás, si se esconde, si se niega a compartir, si se resiste a dar, si se encierra en la comodidad. Eso no es más que un lento suicidio» (272).
- «Si logro ayudar a una sola persona a vivir mejor, eso ya justifica la entrega de mi vida. Es lindo ser pueblo fiel de Dios. ¡Y alcanzamos plenitud cuando rompemos las paredes y el corazón se nos llena de rostros y de nombres!» (274).

Un pueblo llamado a confiarse siempre en su Señor

***Marcos* 4,35-41:** «Al atardecer de ese mismo día [de haber escuchado las parábolas], les dijo: “Crucemos a la otra orilla”. Ellos, dejando a la multitud, lo llevaron a la barca, así como estaba. Había otras barcas junto a la suya. Entonces se desató un fuerte vendaval, y las olas entraban en la barca, que se iba llenando de agua. Jesús estaba en la popa, durmiendo sobre el cabezal. Lo despertaron y le dijeron: “¡Maestro! ¿No te importa que nos ahogemos?”. Despertándose, él increpó al viento y dijo al mar: “¡Silencio! ¡Cállate!”. El viento se aplacó y sobrevino una gran calma. Después les dijo: “¿Por qué tienen miedo? ¿Cómo no tienen fe?”. Entonces quedaron atemorizados y se decían unos a otros: “¿Quién es este, que hasta el viento y el mar le obedecen”».

«El Señor nos ha dado muchos días de sol y de brisa suave, días en los que la pesca ha sido abundante; ha habido también momentos en los que las aguas se agitaban y el viento era contrario, como en toda la historia de la Iglesia, y el Señor parecía dormir. Pero siempre supe que en esa barca estaba el Señor y siempre he sabido que la barca de la Iglesia no es mía, no es nuestra, sino que es suya. Y el Señor no deja que se hunda» (Benedicto XVI, Audiencia 27 febrero 2013).

Un Pueblo llamado a derribar todos los muros de división

***Efesios* 2,13-19:** «En Cristo Jesús, ustedes, los que antes estaban lejos, han sido acercados por la sangre de Cristo. Porque Cristo es nuestra paz; él ha unido a los dos pueblos en uno solo, derribando el muro de enemistad que los separaba, y aboliendo en su propia carne la Ley con sus

mandamientos y prescripciones. Así creó con los dos pueblos un solo Hombre nuevo en su propia persona, restableciendo la paz, y los reconcilió con Dios en un solo Cuerpo, por medio de la cruz, destruyendo la enemistad en su persona. Y él vino a proclamar la Buena Noticia de la paz, paz para ustedes, que estaban lejos, paz también para aquellos que estaban cerca. Porque por medio de Cristo, todos sin distinción tenemos acceso al Padre, en un mismo Espíritu. Por lo tanto, ustedes ya no son extranjeros ni huéspedes, sino conciudadanos de los santos y miembros de la familia de Dios».

Una Iglesia peregrina tras las huellas de su Señor, hacia su meta definitiva

«Por la fe, Abraham, obedeciendo al llamado de Dios, partió hacia el lugar que iba a recibir en herencia, sin saber a dónde iba. Por la fe, vivió como extranjero en la Tierra prometida, habitando en carpas, lo mismo que Isaac y Jacob, herederos con él de la misma promesa. Porque Abraham esperaba aquella ciudad de sólidos cimientos, cuyo arquitecto y constructor es Dios. ... Todos ellos murieron en la fe, sin alcanzar el cumplimiento de las promesas: las vieron y las saludaron de lejos, reconociendo que eran extranjeros y peregrinos en la tierra. Los que hablan así demuestran claramente que buscan una patria; y si hubieran pensado en aquella de la que habían salido, habrían tenido oportunidad de regresar. Pero aspiraban a una patria mejor, nada menos que la celestial. Por eso, Dios no se avergüenza de llamarse *su Dios* y, de hecho, les ha preparado una Ciudad.» (*Hebreos 11,8-10.13-16*).

Una Iglesia marcada por el diálogo y la escucha mutua

«El Santo Pueblo fiel de Dios está ungido con la gracia del Espíritu Santo; por tanto, a la hora de reflexionar, pensar, evaluar, discernir, debemos estar muy atentos a esta unción. Cada vez que como Iglesia, como pastores, como consagrados, hemos olvidado esta certeza erramos el camino. Cada vez que intentamos suplantar, acallar, ningunear, ignorar o reducir a pequeñas élites al Pueblo de Dios en su totalidad y diferencias, construimos comunidades, planes pastorales, acentuaciones teológicas, espiritualidades, estructuras sin raíces, sin historia, sin rostros, sin memoria, sin cuerpo, en definitiva, sin vida. Desenraizarnos de la vida del pueblo de Dios nos precipita a la desolación y perversión de la naturaleza eclesial» (Carta del 31 mayo, n° 1).

Para poder escuchar necesitamos crear espacios «donde no se confunda una actitud crítica y cuestionadora con traición. Esto nos tiene que impulsar como Iglesia a buscar con humildad a todos los actores que configuran la realidad social y promover instancias de diálogo y constructiva confrontación» (Carta del 31 de mayo, n° 4).

Una Iglesia que peregrina en Chile

OO.PP. 2014-2020 (n° 11): «Hemos identificado algunos grandes procesos que se encuentran en marcha [en Chile], y que pueden ser reconocidos como signos de los tiempos. Se trata de movimientos profundos, de procesos que representan auténticos clamores en vistas de una transformación de nuestra realidad. Los percibimos como espacios privilegiados para reconocer el rostro de nuestro Señor.

- a. Estamos viviendo un rápido proceso de cambio cultural. Por doquier surgen nuevas actitudes y nuevos modos de enfrentar la vida. Esta novedad en algunas oportunidades nos atemoriza, y en otras nos sorprende y atrae por su vitalidad evangélica. La creciente demanda por un trato más igualitario para todos, comenzando por las relaciones entre el varón y la mujer, es una de ellas. El desafío que representa una sociedad más abierta y pluralista exige reconocer, respetar y valorar las mutuas diferencias, sobre todo aquellas que provienen de la multiculturalidad. ...
- b. Somos testigos de un hondo malestar social, de un clamor por mayor justicia social que atraviesa nuestro país. Junto a un claro crecimiento económico se mantiene una profunda desigualdad. Son numerosas las antiguas pobrezas que se mantienen, surgen nuevas pobrezas y también constatamos realidades de exclusión. Estos hechos están en la raíz del malestar social y generan un clamor por mayor respeto a la dignidad de cada persona, por justicia social y por la defensa del bien común. El malestar social va acompañado de una crisis en las relaciones interpersonales. Crece la desconfianza en los demás y en las instituciones. Se va instalando una crisis de credibilidad que erosiona el tejido social. Junto a un muy positivo fortalecimiento de la responsabilidad personal, crece un individualismo que mira los logros de otros como una amenaza personal. Se mantiene una gran solidaridad en los momentos de catástrofes nacionales o en los episodios de crisis personales, pero en el día a día va ganando terreno la desconfianza y el individualismo.
- c. Reconocemos una crisis de fe, de identidad y de sentido. Los rápidos procesos de cambio han puesto en duda los valores que tradicionalmente han dado sentido a nuestra experiencia personal y social. Vemos una preocupación excesiva por el bienestar material, o la búsqueda desordenada de sensaciones fuertes y de placer inmediato. Al mismo tiempo aumenta la dificultad para la comunicación interpersonal, para confiar en el otro y para comprometer la propia vida en proyectos de largo plazo. Crece en medio nuestro una cierta indiferencia religiosa, especialmente entre los más jóvenes, que convive con la búsqueda de nuevas formas y expresiones de religiosidad, como también con las expresiones más tradicionales de la piedad popular. De tal manera que, por un lado la fe aparece como cuestionada, e incluso atacada, y por otro surgen nuevas experiencias religiosas que renuevan la fe de la comunidad eclesial. Un cierto secularismo instalado en las estructuras eclesiales no es ajeno a la crisis de fe que experimentan muchas personas y que les dificulta vivir un encuentro más personal con Dios.

Una Iglesia herida que está desafiada a aprender un nuevo modo de solidaridad

«Aceptar los aciertos, así como los límites personales y comunitarios, lejos de ser una noticia más se vuelve el puntapié inicial de todo auténtico proceso de conversión y transformación. Nunca nos olvidemos que Jesucristo resucitado se presenta a los suyos con sus llagas. Es más, precisamente desde sus llagas es donde Tomás puede confesar la fe. Estamos invitados a no disimular, esconder o encubrir nuestras llagas. Una Iglesia llagada es capaz de comprender y conmoverse por las llagas del mundo de hoy, hacerlas suyas, sufrirlas, acompañarlas y moverse para buscar sanarlas. Una Iglesia con llagas no se pone en el centro, no se cree perfecta, no busca

encubrir y disimular su mal, sino que pone allí al único que puede sanar las heridas y tiene un nombre: Jesucristo» (Carta del 31 de mayo, nº 6).